

# El jefe de la manada

Inés Garland

Ilustraciones de Diego Moscato

loquelego

*Para Paz, que me escuchó  
en las siestas de Colonia.*

*A María Fernanda Maquieira  
y a Violeta Noetinger  
por la devolución que me hicieron tras  
la lectura de la primera versión de esta novela.  
La precisión amorosa de sus palabras me puso  
a trabajar un año más, y se los agradezco.  
A Mori Ponsowy.*

1.

## EL DÍA QUE EMPEZÓ ESTA HISTORIA

Si mis padres y los padres de Milo hubieran sabido que en el Rosedal nos íbamos a hacer amigos de Gudrek, y que por hacernos amigos de Gudrek nos íbamos a meter en la historia que voy a contar, jamás nos habrían dado permiso para ir solos. Nosotros nos la pasábamos soñando con ir a Colonia a lo del abuelo Tato y no nos podíamos imaginar que las aventuras nos esperaban frente a nuestra propia casa, sin necesidad de viajar a ninguna parte. Teníamos muchas ganas de aprender a comunicarnos por telepatía, y la esperanza de aprender a volar, pero una cosa es soñar y hablar todo el día de lo que te gustaría que te pase y otra cosa es verte metido en algo imposible de imaginar. Y una cosa es que te gusten los perros y sueñes con tener uno, y otra es que termines viviendo una historia totalmente inesperada con todos los perros del barrio.

Voy a empezar por ese sábado, dos días antes de irnos a Colonia a visitar al abuelo Tato, el

día en que vimos al chico de negro por primera vez. Esa mañana Milo y yo fuimos al Rosedal con mi mamá, la mamá de Milo (que es hermana de mi mamá), y mi hermanita Lourdes. Nuestras mamás abrieron una lona amarilla sobre el pasto y estaban ahí hablando al sol y tomando mate. Milo y yo jugábamos a la escondida entre los canteros. Ya habíamos jugado varias vueltas y Milo, que no puede jugar al mismo juego mucho rato porque se aburre, había empezado a aburrirse. Yo estaba agachada detrás del cantero de las Floribunda, así se llaman esas rosas. Ningún cantero era mejor para esconderse, pero los arbustos de Floribunda son tan tupidos que no podía ver por dónde estaba Milo. De pronto lo vi. Estaba del otro lado del cantero dando saltos como un conejo para mirar por encima de las rosas. Yo me agaché más todavía, y me puse bien cerca de las plantas, pero no tan cerca como para que me pincharan. Lo escuché llamarme, “Nina, Nina, dónde estás”, cada vez más cerca, y empecé a avanzar en cuatro patas mirando hacia atrás. Por mirar hacia atrás, no vi las piernas con pantalones negros que estaban en mi camino y me las choqué.

—¡Ay! —grité, aunque el que debería haber gritado era el dueño de las piernas porque yo le había pegado bastante fuerte con la cabeza en las rodillas.



Cuando levanté la vista, lo primero que vi fue la lente de una cámara de fotos. *Clic*.

El dueño de la cámara era un chico más grande que nosotros, de unos diecisiete años, con la boca torcida como un perro cuando empieza a gruñir. Tenía el pelo muy corto, casi rapado, y estaba vestido de negro a pesar del calor: pantalón negro, campera de cuero negra, borceguíes negros. En la garganta tenía el tatuaje de un cuchillo manchado de sangre. Era tan impresionante el color de la sangre que parecía que el cuchillo lo lastimaba de verdad.

Milo, en vez de gritar piedra libre, lo miraba también, inmóvil como yo.

Yo le quería preguntar por qué me había sacado una foto, pero no me salían las palabras.

—¿Tengo monos en la cara? —dijo el chico.

Su voz era muy finita, estrangulada, y eso fue lo que más miedo me dio. Era como si el cuchillo le amenazara la voz y él no pudiera dejarla salir. Después de ese día iba a reconocer esa voz para siempre.

—Nenitos pesados —dijo, y se alejó por los canteros.

Milo lo burló con una cara de asco.

—Sigámoslo —dijo.

Típico de él. Lo único que a mí no se me hubiera ocurrido era ponerme a seguir al chico de negro, pero Milo ya lo estaba haciendo como si de repente se hubiera convertido en detective.

—Ya volvemos —le grité a mamá para que no se preocupara.

—¿Adónde van? —dijo mamá.

Hice un gesto con la mano que no señalaba nada y corrí para alcanzar a Milo.

—¿Te parece una buena idea? —le pregunté.

No sé ni para qué le pregunté. Él no tenía miedo. Siempre era yo la miedosa. Odiaba ser siempre yo la que tenía miedo.



2.  
LAS FOTOS MISTERIOSAS  
DEL CHICO DE NEGRO

El chico de negro cruzó el puente a la isla, apoyó en el pasto el bolsón negro que le colgaba del hombro, sacó un teleobjetivo gigante que enroscó a la máquina y apuntó la cámara hacia el ceibo.

Contra el tronco del ceibo estaba dormitando nuestro amigo Gudrek con la cara tapada por su pañuelo bordado. Sus dos perros y su gato Bubba también dormían, un perro de cada lado, y el gato sobre las piernas. Gudrek es el linyera del Rosedal. Vive en el parque y duerme a veces debajo de los árboles y a veces a los pies del monumento a Shevchenko. Es un gigante rubio, con una piel que parece de cuero de tanto estar al sol. Usa un impermeable largo de lona en invierno y en verano, y no huele bien, pero nosotros nos habíamos hecho amigos, primero de sus perros y después de él. Gudrek es la persona que más sabe de perros en el mundo.

El chico de negro parecía estar aprovechando que Gudrek dormía y le sacaba fotos.